

2. Pero los primeros cristianos, se dice, pusieron sus bienes en común! Entendámonos. Aquí solo se trata de los de Jerusalén; pues los de Antioquía, Corinto, Atenas, Esmirna, Tesalónica, Efeso, Roma, Asia, las Galias, África; en una palabra, todos los neófitos del Evangelio que formaron la cristiandad de bienes, sinó que se conformaron sobre este punto con las leyes del tiempo y de su país.

Los de Jerusalén ofrecieron en verdad algún tiempo el hermoso espectáculo de la comunidad, pero su asociación, tal como quisiéramos verla reproducirse á millares y durar siempre, si fuese posible este prodigio, se fundaba *en el espíritu de fé, en la caridad, en la humildad, en la penitencia*, y no en la orgullosa proclamación de los derechos de la *capacidad*, en la satisfacción de las *necesidades individuales*, en la necesidad de *gozar* de esta vida, en el interés personal, en fin, oculto en el fondo de una comunidad, en donde se espera subir de la pobreza á la riqueza y de la condición más humilde á la dominación y al mando.

Otro tanto diremos de las comunidades religiosas, libres asociaciones de fé y devoción. Ellas reconocen el derecho de propiedad y lo practican bajo una forma general, es verdad, pero no ménos real. Las posesiones de una Orden no pertenecen á otra Orden.

En ellas á la pobreza voluntaria se añaden otras clases de abnegación que sostiene la primera: *la obediencia y la castidad*. Ahora bien, pretender sustituir esas prodigiosas instituciones con una comunidad cualquiera, sin el principio de *abnegación*, excitando por el contrario, la sed de goces materiales y exaltando la independencia de los ánimos, es desconocer el corazón humano. Respetemos, pues, la propiedad, y contribuiremos al bien de la sociedad y de la religión.

PROSPERIDADES TEMPORALES.

(PELIGRO DE LAS)

Prosperitas stultorum perdit illos.
Aquello en que los necios ponen su felicidad, será su ruina.

(Prov. 1, 32.)

No conocen la religión los que quieren gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fué preciso que Cristo padeciese para que de este modo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algún día de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sinó por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anatemas la religión para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los ímpios como su posesión y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aflicciones: finalmente, que su reino no es de este mundo. No quiero decir con esto que no sea posible la salvación en todos los estados, ó que la religión condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinación de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belén del mismo modo que los pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César: *Qui de Cæsaris domo sunt.* (PHILIP. IV, 22), como en la tienda de Simón el curtidor. Pero preciso es confesar, que los favores temporales que en el órden de la sabiduría deben servir de medios para la salvación, muchas veces sirven de instrumentos de perdición y de vicio.

El hombre abusa de los beneficios de Dios, y nada es tan peligro-

so como la abundancia de bienes temporales. De estos peligros voy á ocuparme en el presente discurso: quiero demostrar á aquellos á quienes todo les sale bien y parece que nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun el mundo, es terrible á los ojos de la fe; primeramente, porque en él son casi inevitables las caídas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia. En este estado todo favorece á las pasiones y todo aparta las gracias; y en él no descubre la fe otra cosa más que ocasiones de pecado y obstáculos para la conversion. Explicaré estas dos importantes verdades. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El mundo es más de temer cuando nos halaga que cuando nos maltrata; y los favores que nos le hacen amable son más terribles que los reveses que hacen que le despreciamos. Ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazon para corromperle, ó de las facilidades que proporcionan á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido, es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, que el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

Dije: ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazon para corromperle; porque, primeramente, una alma cristiana debe vivir como extranjera en la tierra; su origen, su habitacion, su esperanza, su nobleza y su corona están en el cielo. Su corazon debe estar en dónde está su tesoro; si deja de suspirar un instante por su patria, deja de pertenecer al siglo futuro y á la Iglesia de los primogénitos; si está contenta con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en sus deseos, su mérito en su inquietud, y no debe hallar más consuelo que en su esperanza. Pero esta disposicion, tan esencial á la fe, se borra por la primera impresion que hace en el corazon la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra. Y á la verdad, es fácil de comprender cuán bien puede una alma alligada vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como extranjera en un lugar en dónde nada posee. Por el contrario, entónces son más suaves los pensamientos de la fe; nada consuela con tanta solidez sus desgracias, como el poder decirse á sí misma que

este mundo no es su patria; que la única pérdida que puede padecer una alma cristiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó poseer lo que no se puede conservar siempre; y que estándonos prohibido el lijar nuestro corazon en la tierra, el estado que ménos nos une á ella debe parecerse el más digno de ser deseado. Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la afliccion, nos los borran en el de prosperidad, porque es muy difícil el que nos desagrade un lugar en que todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo cuando parece que él solamente fué hecho para nosotros. Aquel nécio del Evangelio, viéndose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea, requiesce.* (Luc. xii, 49) Ahora bien, el verdadero cristiano no se aficiona á la tierra, no busca sosiego en las criaturas. Es hijo de las promesas, hombre del siglo futuro, ciudadano del cielo; por eso suspira por los bienes eternos. El que no siente tristeza de vivir distante de su patria, distante del cielo, pierde el derecho y el privilegio de ciudadano de los santos.

La segunda impresion que hace la prosperidad en los corazones, es el amor desordenado á nosotros mismos. La fe nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sinó el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sinó la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sinó la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado; debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque sinó seremos injustos, y haremos contradiccion á los más claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por más que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideramos á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado, pero esta molestia es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles y que el amarse á sí mismo es un desorden: quiero decir, amarse siendo pecador y viviendo en la corrupcion de la naturaleza. Pero toda vuestra vida, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es más que un continuo querer agradecer á vosotros mismos;

por eso todo lo que os dá gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria, que no podeis vivir sin ella; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra más que vosotros mismos. Porque os preguntó; ¿qué mas hicieron por Dios los mayores santos, que lo que haceis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único objeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois tambien vosotros mismos de las vuestras? Pasad más adelante con la comparacion, y vereis que más os mirais vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios.

La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazon es la soberbia. La prosperidad, dice el Profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazon una secreta soberbia: *In labore hominum non sunt... ideo tenuit eos superbia* (PSALM. LXXII, 5, 6). Por eso el primer consejo que el Apóstol encarga á Timoteo dé á los grandes es el que no se ensoberbecan: *Non sublimé sapere* (I TIM. VI, 17). Por otra parte, en lo exterior todo confirma á los grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magníficos nombres de grandezas de ánimo y elevacion de pensamientos: en ellos se estudian todas sus acciones, y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás hombres. De estos emponzoñados discursos se forma siempre un género de idea de propia estimacion, que nunca se borra, y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios bajado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado nécia para ser creida; pero con todo eso oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos; su corazon se deja arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso no desprecia como blasfemia los títulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son ménos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido. Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raiz aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla S. Pablo, que

matan al alma; esto es, mirais la tierra como á vuestra pátria, no pensais más que en engrandeceros en ella y ocupar en ella algun gran puesto, y quisierais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un Profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el universo á la extension de vuestros proyectos; obligais muchas veces á un Naboth á que os ceda su heredad y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables, de los que son muy dudosos; y obligais á la equidad á que ceda al poder. En segundo lugar; del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresion que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Finalmente, de la soberbia, que es la última impresion que hace en nuestros corazones la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, y todas las pasiones que ella favorece. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazon hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él: arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido, y todo ménos cristiano.

Pero ¿qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la Providencia? No, católicos: pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es lícito el satisfacerlos, y que el grado de nuestra inocencia y no el de nuestra fortuna, es el que ha de decidir del derecho que tenemos, aún á los más lícitos placeres. En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios; que á su vista no tendremos más títulos que nuestras virtudes; y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturdidos al vernos solos en su terrible tribunal. Finalmente, debemos mirar los reinos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: Esto

es un aspecto falso. Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apénas le toca las ideas cuando cesa el encanto, muda de cara el objeto y nada hallais en él de cuanto os habia prometido el error de la imaginacion. Estas son las ideas de la fe en órden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto como éstas sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros como tambien son obstáculos para la penitencia.

2. Un estado en que las gracias especiales son más raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aún las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza, que regularmente no se pueden vencer sinó con iguales auxilios de la gracia; un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposicion acerca del peligro de las prosperidades temporales.

En este estado son más raras las gracias especiales. Registrad las Escrituras santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos; que mira desde lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalza sobre los demás. En todas partes se ve quebrado el arco de los poderosos, y revestidos de fortaleza los flacos. No porque en Dios haya aceptacion de personas: la gracia de Jesucristo abraza todos los estados; el Señor nunca falta á sus criaturas, y un David, un Ezequías, una Esther, una Judith y un S. Luis prueban que en el estado de elevacion podemos ser aún más ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna. Pero primeramente, el órden de la providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la oscuridad y abatimiento, puede descubrir en ella la fe un órden secreto y un modo de igualdad, que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios, y la sabiduria de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible secreto de esta divina compensacion consiste, en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo.

En segundo lugar; en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice S. Agustin, los favores temporales son

recompensa que la justicia divina concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener más derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, enemigo de la violencia y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza, é inútiles para la eternidad, son útiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los Estados, la tranquilidad de las familias, la buena fe de los comercios y el órden de la sociedad: Dios, pues, halla en el mundo con que recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo así; porque este Juez equitativo ninguna virtud deja sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fe; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los santos y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos; y en vez de pedirle su gracia que debilite nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos sinó para la tierra y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Digo, en segundo lugar, que la prosperidad es obstáculo para la penitencia, porque pone en el corazon infinitas oposiciones á las gracias de conversion que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra; segunda razon, y los motivos en que la fundo son los siguientes. Primeramente, pudiera decirse que uno de los medios más eficaces de que Dios se vale para atraer á sí un pecador, es la instruccion y el celo de los ministros de la penitencia, que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero algunos grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entenimiento, y si el ministro santo no habla segun el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones ajenas al puesto y al nacimiento, si les anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si les señala las mismas obligaciones, si les pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si les aconseja los mismos remedios, tratan su celo de simpleza, y sus talentos no son más que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á propósito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay

otro Evangelio distinto de el del pueblo. Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los grandes y felices del mundo; pero aún los halla más invencibles fuera de su corazón.

El retiro os sería necesario, pero vuestra clase y vuestra posición os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios. Las mortificaciones serían el único remedio que podría expiar vuestras pasadas culpas; pero las delicadezas de vuestra educación, ó los respetos de vuestra autoridad os las impiden. El huir de los honores serviría de expiación á los pasados excesos de vuestra ambición; pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. La oración sostendría vuestros débiles deseos de penitencia; pero las ocupaciones de vuestra fortuna, ó no os dejan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad que os facilita todos los caminos del pecado, os cierra todos los de la penitencia.

Este es, pues, el fruto de este discurso. Nacisteis en la abundancia; pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los cristianos; que si la Providencia los ha derramado sobre vosotros, no es más que para proporcionaros el mérito de despreciarlos, y ocasiones de ejercitar la misericordia, dando con liberalidad lo que graciosamente habeis recibido. Pensad que pues se aumentan los peligros con la fortuna, tenéis necesidad de más vigilancia, de más oración, y de más precauciones que los que nacen en un estado infeliz. Pensad, finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad, no deben servirnos más que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que más os sirven de lazo y tentación, que de utilidad; y que si no tenéis que padecer, y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios. ¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos. Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que sería preciso despreciar si aún se poseyera. Acordaos, finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los santos sino por la cruz. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en cualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad ó de aflicción, de favor ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*

DIVISIONES.

PROSPERIDAD.—Cuando ciega por la sensualidad, no hay mal que no haga á los hombres.

Quando es ilustrada por la fe, no hay bien que no haga á los hombres.

PROSPERIDAD.—Quando el hombre nace en la prosperidad, hay motivo de temer que su educación sea antieristiana.

Quando el hombre encuentra la prosperidad en el estado que ha abrazado, hay motivo de temer que se olvide de su vocación.

Quando la prosperidad del hombre no comienza hasta su ancianidad, hay motivo de temer que le sirva de obstáculo para prepararse á la muerte.

PROSPERIDAD.—Los hombres de bien no desean la prosperidad sino para el bien de la religion.

Los hombres de bien no disfrutan de la prosperidad sino para retirar de la adversidad á los demás.

Los hombres de bien son agradecidos cuando se hallan en la prosperidad.

PROSPERIDAD.—El mundo pierde su autoridad en la prosperidad de los hombres de bien.

La Iglesia encuentra su perfección en la prosperidad de los hombres de bien.

PROSPERIDAD.—Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque les deja tiempo y libertad de practicar buenas obras.

Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque les dá facultad de socorrer al prójimo.

Los hombres de bien no aman la prosperidad sino porque ella les proporciona medios de triunfar de los malos.

PROSPERIDAD.—La Iglesia mira la prosperidad de los malos con desprecio, porque sabe que no es siempre la recompensa de la virtud.

La Iglesia mira la prosperidad de los malos con dolor, porque éstos se sirven de ella para corromper á los débiles.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos no piensen sino en el tiempo presente.

Hace que olviden á Dios.
Hace que menosprecien á la religion.

PROSPERIDAD.—Da á los malos facilidades para realizar sus malos designios.

Les alienta para obrar el mal por la impunidad de sus mayores pecados.

Les incita á procurarse reputacion en los crímenes por los aplausos que les granjea.

PROSPERIDAD.—Inclina á los malos á la sensualidad.

Les aleja de la penitencia.

Les induce á solicitar dispensas inmotivadas.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos miren á los santos como gente inútil.

Les hace mirar á los licenciosos como personas necesarias.

PROSPERIDAD DE LOS PECADORES Y AFLICCIONES DE LOS JUSTOS; véase: PROVIDENCIA.

PROSPERIDAD; véase: FELICIDAD.

PROVIDENCIA.

Tua autem, Pater, providentia gubernas.
Mas tu providencia, oh Padre, lleva el timon.

(SAN. XIV. 3.)

Hermandos míos, Alejandro de Macedonia era todavía jóven y habia conquistado ya la mayor parte del mundo conocido. Entónces empezó á inquietarse, y se decia á sí mismo: «Qué haré luego que haya conquistado todo el universo? ¿En qué pasará el tiempo?» Muchos

siglos despues se referian estas palabras á Augusto, y Augusto se admiraba. «No concibo, decia, cómo un hombre tan grande como Alejandro, no vió que habia cuando ménos, tanto trabajo ó tanta gloria en administrar y regir bien un estado, como en fundarlo y constituirlo.» La observacion era juiciosa; pues que en efecto, no basta fundar un estado, sinó que es preciso darle leyes sábias, una organizacion fuerte, imprimirle una impulsión duradera y dotarlo con elementos de estabilidad y prosperidad. Así pues, no habiendo tenido Alejandro tiempo de gobernar su imperio con sus poderosas manos, y darle esa impulsión tan necesaria, sus estados se desmembraron, y el cuerpo del conquistador no estaba todavía inhumado cuando ya los generales se disputaban las provincias conquistadas.

Ahora bien, hermandos míos, hay un fundador de imperios más antiguo, más grande que Alejandro, que Ciro y que Nemrod: este fundador es Dios; su imperio el cielo y la tierra. *Dominus fundavit terram, stabilivit celos.* «Dios fundó la tierra, estableció los cielos. (Prov. III. 19)». Si pues un conquistador vigila por la suerte del imperio que ha formado, con mucha más razon debe Dios cuidar, desde lo alto de los cielos, de este imperio que él mismo fundó, porque es el Dios sábio: *Dominus sapientia fundavit terram* (Isaú).

La Providencia divina, debe pues gobernar este mundo y ocuparse de él incesantemente y con gran solicitud. Hoy, hermandos míos, os hablaré de este atributo de Dios, y demostraré al mismo tiempo cuán consoladora y racional es la creencia católica, principalmente cuando se la opone á errores que la han combatido. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Qué es lo que enseña el dogma católico? Enseña, hermandos míos, que Dios, desde la eternidad, llevaba en su inteligencia infinita el plan que debia realizar un día; luego que hubo llegado el momento, de su buen grado, de su autoridad absoluta y sin ser violentado en nada, realizó su plan y formó todos los seres que constituyen el universo; mas como es sábio, porque es inteligente, debia proponerse un fin, pues no obraba á la casualidad y sin saber lo que hacia. Así pues, todos los seres que formó, caminan universalmente hácia un objeto fijo y determinado; pero no pueden marchar solos, porque toda criatura contiene en si una grande flaqueza, y los seres criados, muy lejos de poder marchar hácia un término tan excelente como el de la manifestacion de Dios y glorificacion de los seres inteligentes, no podrian dar un sólo paso, ejecutar un solo movimiento por sí mismos si la accion de Dios no influyera incesantemente sobre ellos. Luego